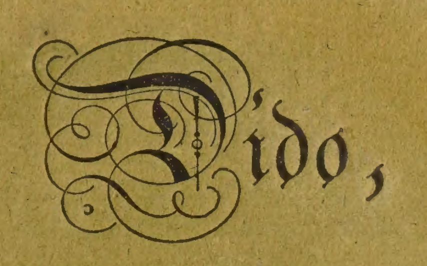


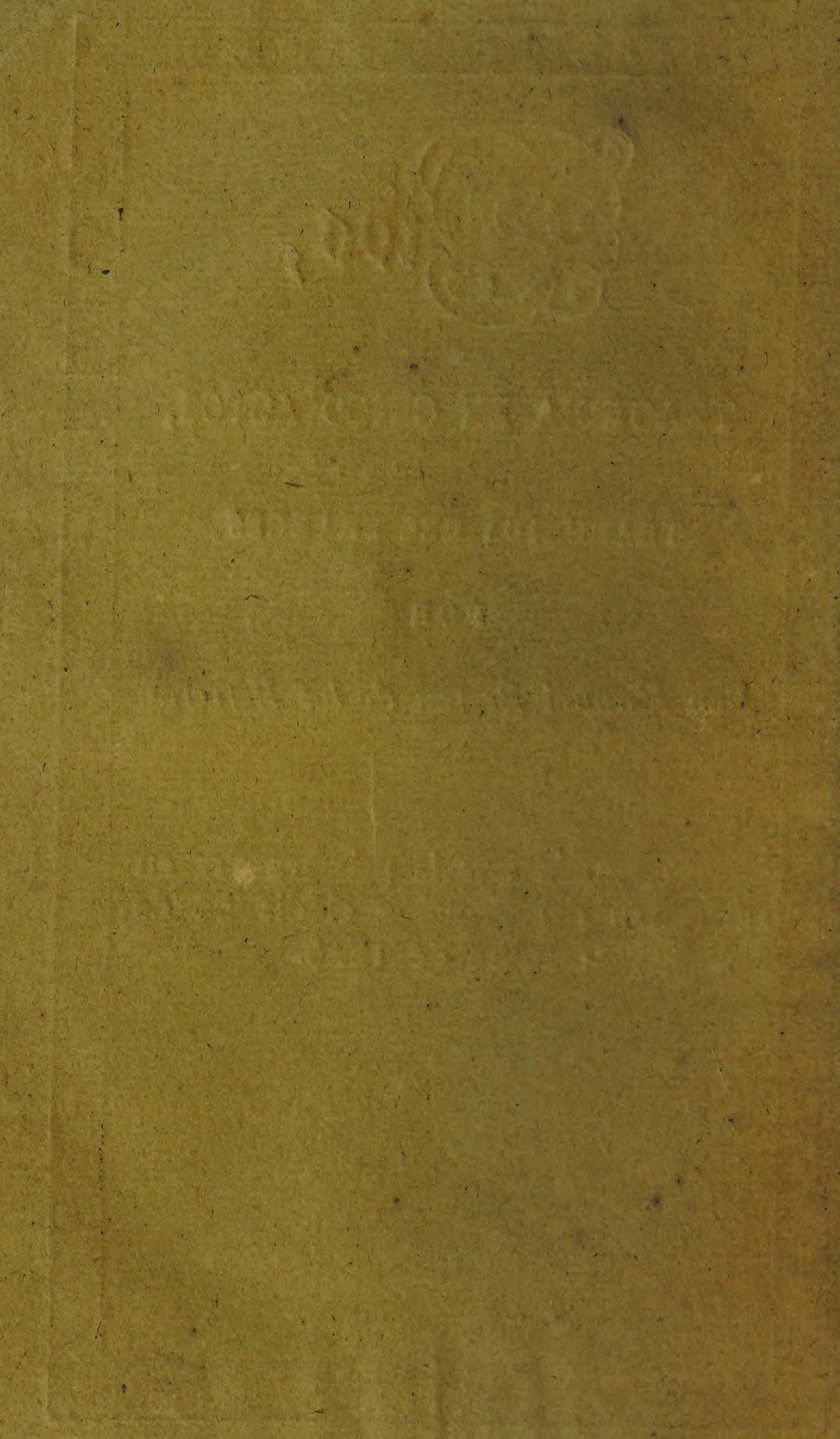
TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

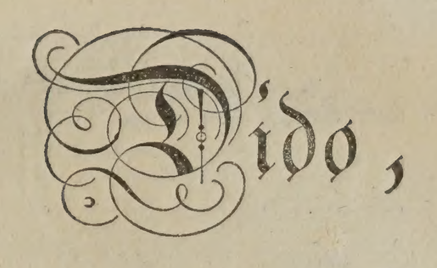
TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

Don Manuel Breton de los Herreros.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 23 de octubre de 1826.





TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

Don Manuel Breton de los Herreros.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 23 de octubre de 1826.

MADRID: 1827.

IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS.

A la Señora

Concepcion Rodriguez,

primera actriz del teatro del Principe.

El público, á quien tan gratas sensaciones ha ocasionado la digna intérprete de Dido, Andrómaca y la Huérfana de Bruselas, verá sin duda con placer al pen-

te de esta obra el nombre de una actriz que tanto honra á la escena española, y cuya amistad envanece á su afectuoso servidor

Q. S. P. B.

Manuel Breton de los Herreros.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Yarbas, Madhérbal, Númidas en el fondo.

Yarbas.

Sí: Yarbas soy. De tu sorpresa vuelve.
Aquí el término busco de mis ansias.
Tornar á ver á un virtuöso amigo,
¡Cuánto es dulce, oh Madhérbal, á un monarca!

Madhérbal.

Yo te he reconocido, y he temblado;
Y tiemblo aún. Señor, ¡tú en estas playas!
¡Tú, el gran rey de ese pueblo belicoso
Que nuestros altos muros amenaza!
¡Tú, el hijo digno del tonante Jove!
¿Qué importante designio, ó qué desgracia
Te fuerza á abandonar el trono excelso
Y á arrostrar......

Yarbas.

De tu jóven soberana
Ya mis embajadores han oido
Las tenaces repulsas. Yo, mi saña,
Yo mi justo despecho devorando,
Y encubriendo mi cuna y mis hazañas

Bajo el hábito y nombre de ministro,
Aunque murmure la severa fama;
Vengo á estudiar, Madhérbal, las costumbres
De esta nueva colonia, que en su infancia
No teme provocar mi fiero encono:
Vengo á pedir razon á esa inhumana
De su altivo desden. Al artificio,
Si es preciso, uniré las amenazas;
Y, al vil disfráz acaso renunciando,
Diré quien soy y el fuego que me abrasa.

Madhérbal.

¡Qué escucho! ¿Será cierto? ¿Amas á Dido?
¿A su córte, á sus pies amor te arrastra?

Yarbas.

Te admiras; — y yo, amigo, me sonrojo. —
Escucha de mi suerte infortunada
Los progresos fatales. Excluído
De la ilustre diadema hereditaria,
Sabes que en otro tiempo antes que el hado
De nuevo al alto solio me llamara
Fijé, ocultando mi preclaro nombre,
En la Sidonia córte mi morada.
Tan solo tú supiste mi secreto.
Tú los horribles crímenes odiabas
Del árbitro de Tiro: osé por tanto
Depositar en tí mi confianza.
De Pigmalion en el palacio horrendo
Aun reinaba el terror. Aun se lloraba
De Siquéo el atroz asesinato,
Y Dido, para siempre arrebatada
A las caricias de su tierno esposo,
Entre el duelo y las lágrimas amargas
Arrastraba la mísera existencia.
La ví, Madhérbal. Su afliccion, sus gracias
El corazon de Yarbas sojuzgaron.

Osé formar la plácida esperanza
De calmar su infortunio y sustraerla
Del fiero hermano á la crueldad tirana.
Iba ya á declararla mi ternura
Cuando su pronta fuga inesperada
Destruyó mis proyectos. ¡Ay, Madhérbal,
Cuál mi amargura fué! ¡Cuál de mi alma
La desesperacion! Triste, indignado
De tanto crímen, de injusticias tantas,
Abandoné de un bárbaro verdugo
La tenebrosa córte solitaria,
Y llevé mi infortunio, mi despecho
A los páramos tristes de la Arabia.
Casi un lustro despues bajó á la tumba
El autor de mi vida infortunada.
Abandonando mi destierro entonces
Me ceñí la diadema sacrosanta.
Creí que mi razon su antiguo imperio
Recobraría en el paterno alcázar,
Y esperaba que un resto de flaqueza
A la gloria cediese de las armas.
Un confuso rumor á poco tiempo
Por los vecinos pueblos se derrama
Que los progresos con terror anuncia
De una nueva ciudad, cuyas murallas,
Por horas elevándose, á extrangeros
Ofrecen nuevo asilo, nueva patria;
Y sé por fin que Dido fugitiva
Intenta dominar esta comarca.
¡Ah! cuando no se extingue para siempre
Fácilmente revive oculta llama.
La mia se acrecienta y me devora.
La pasion indomable que me halaga
No me deja dudar que una extrangera,
De naciones feroces rodeada,

Del rey mas poderoso de estos climas
Aceptará la mano. Esta alianza
Por mis embajadores la propongo.
¡Vanos proyectos! ¡Esperanza vana!
Dos veces sus repulsas me humillaron
En frívolas razones apoyadas.
Mas mi funesto amor tanto me ciega,
Que yo mismo el orgullo de esa ingrata
He resuelto apurar. Ya mis guerreros,
Ya mis veloces naves se preparan
A la sangrienta lid, y en torno á Dido
Cubren el ancho mar y la campaña.
El amor me conduce. ¡Ay de Cartago
Si sucede al amor sed de venganza!
Harto tiempo he sufrido sus desdenes;
Harto he vivido en inquietud amarga.
Basta. Si hoy me rehusa por amante,
Su enemigo cruël seré mañana.

Madhérbal.

¡Oh Dioses! ¿Consentís tanta flaqueza
En el alma de un héroe? A Dido amas,
Y ella.... ¡Ah! Triunfa de tí. Tu error funesto
Otros halagarían; mas yo......

Yarbas.

Acaba.
Háblame sin temor: dímelo todo.

Madhérbal.

¡Oh si Madhérbal fuera en este alcázar
Lo que algun dia fué! Tal vez entonces
No serían sin fruto tus plegarias.
Tres años ha que la opulenta Tiro
Por Dido abandoné. No bien la fama
Divulgó su partida; no bien supe
Que huyendo de la furia sanguinaria
Del cobarde asesino de su esposo

En Africa un asilo mendigaba,
A su encuentro volé. La ilustre reina
Me dió en sus lares acogida grata,
Y con su confiänza honró mi celo.
Mas desde el dia en que las ondas bravas
A los hijos de Pérgamo infelices
Lanzaron derrotados á esta playa,
Dido, que compasiva los hospeda
Y los colma de honores y de gracias,
Solo con ellos su poder divide.
¡Ah! La sórdida envidia nunca infama
Mi inflexible lealtad; mas yo recelo
Que esos troyanos que la reina ampara
De Cartago apresuren la ruïna. —
En fin ya se murmura que en las aras
Debe muy pronto unir secreto lazo
A Dido con Enéas.

Yarbas.

¿Qué oigo? ¡Oh rábia!
No mas piedad. Me vengaré: lo juro.
Temblará la cruël que así me ultraja.
Los tirios indignados contra Enéas
Maldecirán la union que los degrada.
Y tú mismo ¿verás indiferente
Coronar en Cartago ¡oh torpe infamia!
Al gefe de ese pueblo vagabundo?
Bien pronto de tu ruina será causa
Su indigna elevacion. — Une tus iras
Al despecho mortal que me arrebata.

Madhérbal.

¡Yo traidor! ¡Yo rebelde! ¡Ah! Me horrorizo. —
Pero el furor de una pasion insana
Es fuerza perdonar. Sobre mí solo,
Aunque la fiera tempestad atraiga,
Aunque deba pagar con la cabeza

La austera libertad de mis palabras,
Hablaré; y aun delante del consejo
Mi opinion será acaso respetada.
Debe la reina coronar tus votos:
Sabré sus intereses recordarla;
Mas si es en vano el celo de Madhérbal,
Si con el extrangero al fin se enlaza,
Fiel súbdito, ministro incorruptible,
Moriré por mi reina y por mi patria.
Jamás adulador, siempre obediente,
Sé hablar, no sé vender á los monarcas. —
Dido viene. Sé cauto. No me obligues,
Mal de mi grado, á abandonar tu causa.

ESCENA II.

Yarbas, Madhérbal, Dido, Elisa, Bárce, séquito de Dido.

Yarbas.

De los votos de un rey soy mensagero
Que aún á su trono por mi voz te llama:
Y si los atractivos de una reina
Puede alabar mi lengua sin audacia,
De su amor desde ahora te respondo.
Todo te habla en favor de union tan grata.
Arbitra de un imperio dilatado,
En vano el torvo Pigmalion osara
Interrumpir tu gloria y tu reposo.
Tema él mismo las iras de su hermana.
Una sola palabra de tu lábio
A tu venganza, á su exterminio basta.
Al nombre de mi rey tus enemigos
Respetarán temblando esas murallas
Vacilantes aún. Él solo puede

Tu débil trono asegurar. ¿Qué aguardas?
Consiente en esta union que tanto anhela,
Y á las plantas de Dido prosternada
Toda el Africa adore sus encantos,
Y bendiga sus leyes soberanas.

Dido.

Cuando del hado víctima inocente
Lejos huí de la fraterna saña,
No esperaba que un nieto de Saturno
De asociarme á su gloria se dignára.
Tan generosa oferta, no lo niego,
Mas gratitud exije de mi alma.
Mas no el orgullo; mi cruël destino
Condescender me impide á sus instancias.
De una extrangera mísera el enlace
¿Qué importa al héroe que la Libia ensalza?
Hacer feliz la suerte de ese pueblo
Que en la fortuna adversa me acompaña;
Mantener dulce paz consoladora
Con todas las provincias mauritanas
Es la sola ambicion del pecho mio.
Si algun dia este imperio se dilata,
Mas que yo emprenderán mis sucesores;
Pero no ciño la diadema sacra,
Para dar un señor á mis estados.

Yarbas.

¿Y dónde, pues me obliga tu arrogancia
A responderte así, dónde fundaste
Ese imperio infeliz de que te jactas?
Este rey cuyo tálamo desprecias,
Este rey que benéfico te ampara
¿Te ha preguntado aún con qué derecho
En tierra agena cual señora mandas?
Esta playa á los reyes de Getulia
Siempre perteneció. Sin usurparla

No pudo Tiro dominar en ella,
O sin deberla á la bondad de Yarbas.

Dido.

¡Africano!..... — No abuses de tu fuero:
Modera tu osadía temeraria.
Igual soy á tu rey: súbdita, nunca.
En vano esperas que el terror me abata.
¿Dispone acaso Yarbas de los tronos?
¿Qué derechos, qué títulos afianzan
El suyo mas que el mio? ¿Es menos gloria
Fundar una corona que heredarla?
¿Y qué desconfianza, qué recelos
Contra un pueblo pacífico le arman?
¿Qué crímenes cometen mis soldados?
¿Por ventura mis órdenes quebrantan?
¿La paz de sus estériles provincias
Han osado turbar? ¿Sus campos talan?
¿Amenazan acaso sus ciudades? —
¿Qué digo? Esas arenas abrasadas
Donde mi triste flota peregrina
El furor de los vientos arrojára;
Esa desierta, inhóspite ribera;
Esos áridos campos cuyas zarzas
En dulce mies convierten mis afanes;
Torrentes fieros, rocas erizadas,
¡He aquí la usurpacion de los fenicios! —
¡Mas yo justificarme! ¡Dido á tanta
Bajeza descender! Solo á los Dioses
Debo razon de mí: soy soberana.

Yarbas.

Quizá de tanto orgullo te arrepientas.
¿A un rey, á un vencedor Dido desaira?
Ya en su potente diestra el rayo vibra.
Forzado por su honor á la venganza,
Conozco bien su corazon, no dudes

Que su pesar á su furor iguala.
Mas tú lo quieres. Tu respuesta altiva,
Tu obstinacion ya no permite.....

Dido.

Basta.

Entiendo ya lo que anunciarme quieres.
No conoce mas leyes que la espada
Un Númida feroz: signo de guerra
Es la menor repulsa á sus demandas.
En torno de los muros de Cartago
Ensangrentad la tierra desolada.
Ni del furor de Yarbas me querello,
Ni su aguerrido ejército me espanta.

Yarbas.

¡Ah! Bien sé la razon.... Mas tus arcanos
Yo debo respetar. Mi lengua osada
Tal vez ha dicho ya mas que debiera.
Excusa el puro celo que me exalta
En favor de mi príncipe. En el campo
Sabrá muy pronto tu repulsa extraña.
Adios. Si amas tu pueblo y tu corona,
Creeme, Dido, su cólera desarma.

ESCENA III.

Dido, Madhérbal, Elisa, Bárce, séquito de Dido.

Dido.

¡Fatal pension del cetro! ¿Será fuerza
A torrentes verter la sangre humana
Para reinar en paz? ¡Cruel destino!
Mas la bárbara gloria así lo manda.
Oh tú, firme columna de mi trono,
Defiende á Dido y al estado salva.

Madhérbal.

Yo respondo del pueblo y del soldado.
Nada á los fuertes tirios acobarda.
Si tiemblan, es por tí, pero sumisos
Siempre á tu voluntad.....

Dido.

Di que me aman,
Y nada exijo mas. ¡Desventurado
Quien solo funda en la obediencia helada
El supremo poder! En torno nuestro
Ya su antorcha fatal la guerra inflama.
Sobre Cartago triste mis repulsas
Al fin atraen tan horrenda plaga.
¿Qué dirán, oh Madhérbal, mis vasallos?

Madhérbal.

Lidiarán; morirán. — Mas sin falacia
Sus sentimientos te dirá Madhérbal,
Pues penetrar deseas en sus almas.
Solo puede afirmar tu imperio débil,
Si crees al pueblo que por mí te habla,
De un poderoso rey el himeneo.
Mira á qué climas bárbaros te lanza
Tu destino cruël. ¿El Oceano
Al fiero Pigmalion será una valla?
De Tiro á los soberbios pavellones
¿Quién disputa el imperio de las aguas?
Aquí indómitos pueblos formidables:
Allá sierras adustas que levantan
Hasta los cielos la desnuda frente,
Límite inaccesible de ignoradas
Fieras regiones, de ásperos desiertos,
De arenas que infecundo el sol abrasa;
Murallas son eternas, invencibles
Que del resto del orbe nos separan.
Para afianzar tu trono y tu existencia

De himeneo feliz las teas ardan.
Sacrificio será; pero tu gloria
Aun mas que la del pueblo lo reclama.

Dido.

Gratos me son, Madhérbal, tus consejos;
¿Pero á quién de mi mano.....

Madhérbal.

Union tan alta
Que á los reyes mas grandes honraría
Un héroe solo á merecerla alcanza.
Nos rodean terribles enemigos;
El negro genio de la guerra brama,
Y la horrísona voz de las trompetas
Repite el eco fiero en las montañas.
El riesgo es inminente. Elije esposo
Que no tan solo de ínclita prosapia
Se pueda envanecer. En hora buena
Sangre de Dioses en sus venas lata,
Mas posea soldados y provincias.
Cien poderosos príncipes te acatan,
Y el honor de tu mano se disputan.
Elije pues, y á tu fortuna aciaga
Término ponga un nudo ventajoso.—
Un héroe, un soberano te idolatra:
Yarbas, hijo de Júpiter; ¿y quieres.....

Dido.

Basta. El celo sublime Dido alaba
De un bravo capitan, de un fiel amigo.
Pues los tirios desean un monarca,
Antes que el sol termine su carrera
Tú sabrás mi eleccion.

ESCENA IV.

Dido, Elisa, Bárce.

Dido.

¡Ah! Ya en mi alma
Con ardientes eternos caractéres
La invariable eleccion está grabada.
¡Harto pública es ya! ¡Harto mis ojos
Y mis profundos ayes la declaran! —
¡Oh vosotras, mis únicas amigas,
Guias de mi niñez que en la inconstancia
De mi suerte aun me amais! ¡Oh compañeras
De mi arcano fatal depositarias!
Libre corra delante de vosotras
El triste llanto que el amor me arranca.

Elisa.

¿Por qué en eterno lloro consumirte?
¿Por qué desesperarte? Sierva en Asia
Y reina en estos climas, treinta reyes
Sus tiernos homenages te consagran.
¡Ah! Tu eleccion afirmará un imperio
Que apenas nace al africano alarma.
Puede ser venturosa; ¿y llora Dido?

Bárce.

¿Será posible ¡ay mísera! que nazca
Del amor tu infortunio? ¿Eres tú aquella
Que despues de la muerte atroz, infanda
De tu esposo Siquéo los amores
De tantos soberanos rehusáras?
Víctima de Mavorte y de Neptuno
Un extrangero errante aquí naufraga;
¡Y no bien se refugia en nuestros muros
Tu desdeñoso corazon encanta!

Dido.

Sí : le amo, Bárce. De su madre Venus
Tu reina eternamente será esclava :
En mi funesto amor la reconozco.
No creas que en secreto embelesada
Yo misma haya su triunfo acelerado;
No : la cruel pasion que me avasalla
Por largo tiempo combatí constante.
El mismo infierno y la sañuda parca
En los primeros dias me auxiliaron.
Por mis remordimientos agitada
Y yerta de terror, me perseguía
De Siquéo la lívida fantasma.
Triunfó Enéas al fin; y mis horrores,
Y mis remordimientos, y mis ansias,
Para siempre jamás desparecieron.
¡Cuál supo sorprenderme! Cuando ufana
Le oía referir con grato acento
El célebre infortunio de su patria,
A la dulce piedad ceder creía;
¡Y el fuego del amor me devoraba!
¡Cuál fué mi error; y cuanto es peligroso
Compadecer de un héroe las desgracias!
¡Amor! sobre los débiles mortales
Cuán grande es tu poder! ¿quién le contrasta?
Aun despues del peligro, por su amado
Un tierno corazon se sobresalta.
Creo ver los horrores de la guerra
Que escucho referir. Tiemblo aterrada
Por mi Enéas; y corro á defenderle.
Ora blandiendo la robusta lanza
Bajo los altos torreados muros
Que circundan las huestes adversarias
Arrostra los furores de Belona;
Y en medio yo de la feral batalla,

Egída de mi bien, el pecho inerme
Opongo á las mortíferas espadas.
Ora veo á los bárbaros argives
Agitando las teas incendiarias,
Y en derredor de mí solo descubro
Sangre, escombros, cadáveres y llamas.
Corro en su busca: temo que mi amante
Del fiero vencedor víctima caiga:
El favor de los Númenes imploro
En el trance postrero de sus armas;
¡Pero temo su triunfo cual su muerte!
Temo, si á Troya su valor rescata,
Jamás gozar su vista encantadora. —
Tu suerte, Ilion, en lágrimas me baña;
Mas perdona al amor que me enagena,
Perdona si á los Dioses rindo gracias
Por tu ruina fatal; pues ella sola
El bien de amar á Enéas me depara.

Elisa.

En tu felicidad mi gloria fundo;
Pero ya que la hora está cercana
De publicar tu amor, Dido, recuerda
Que un fiero hermano, oprobio de su raza,
Y un celoso rival son tus contrarios.
¡Puedan los hijos de Ilïon infausta
Sostener de Cartago los destinos!

Dido.

¡Ah! Sí. ¿Por qué mi amor tanto retarda
Un enlace feliz? ¿Sería justo
Que á vanos intereses inmolára
Una pasion legítima? ¡Hartos males
La régia autoridad consigo arrastra!
Sea el hijo de Anquises dueño mio:
¡He aquí, Elisa, mi ambicion colmada!



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Enéas, Acátes.

Enéas.

Mientras la reina en medio de su córte
A los tirios anuncia mi himeneo,
Te diré en libertad, oh fiel Acátes,
De mi alma los ocultos sentimientos.
Dentro de este palacio, en vano todo
Lisonjeär parece mis deseos.
El destino inflexible me confunde.
Yo no sé qué fatal remordimiento
Me turba sin cesar. En esta córte
Me honran con mil festines halagüeños;
Pero su brillo, Acátes, me importuna,
Me oprime. Sí: yo gozo á mi despecho
De la reina los altos beneficios.
Mil afanes me agitan en secreto.
¿Qué me anuncian los hados? ¿Será fuerza
Que tambien huya Enéas de este puerto?
¿Tambien aquí la inexorable Juno
A Ilion perseguirá? ¿Solo á los téucros
Los Dioses negarán un domicilio
En la inmensa extension del universo?

Acátes.

¿Es un héroe, es Enéas á quien oigo?

Lejos de lamentarte de perderlos,
De Cartago en los tristes beneficios
Tu oprobio mira, tu baldon perpétuo.
No los halagos del amor; la guerra
Debe dar galardon á tu denuedo.
Prosigue, Enéas, la inmortal conquista.....
¿Vacilas? ¡Oh flaqueza! ¿Qué funesto
Encanto te detiene? ¿Qué se hizo
Aquel constante generoso aliento
Que jamás abatiera el infortunio?

Enéas.

Despues que el hijo bárbaro de Atreo
Los vergonzosos crímenes de Elena
En la sangre lavó de nuestros pueblos,
Y de Ilion arruinada las cenizas
Fueron juguete mísero del viento;
Yo las tristes reliquias de la patria,
Que perdonó la espada y el incendio,
De region en region he conducido.
Cien veces ¡ay! al fortunado suelo
Creímos arribar que á nuestras armas
Los oráculos santos prometieron;
Y la fortuna aciaga otras cien veces
Desmintió á los intérpretes del cielo.
Aquí de la ribera suspirada
Nos arrebata el aquilon violento:
Allí hasta el mismo puerto nos conducen
Vientos mas bonancibles y serenos;
Y airados sus feroces habitantes
Con las armas responden á mi ruego:
Mas lejos cuando el plácido descanso
A gozar principiaban mis guerreros,
Por tantos infortunios abatidos,
Y trazaban con júbilo los templos
Y las murallas de segunda Troya;

Armados de relámpagos y truenos,
Yo he visto á los troyanos desde el Eter
Los Dioses aterrar con ronco acento;
Y la peste, mas fiera que los rayos,
Con venenosos hálitos horrendos
Mortífera vagar por nuestras tiendas.
Fué preciso de un clima tan siniestro
Las proas alejar. Así proscriptos
Y perseguidos en el orbe entero,
Víctimas de la cólera de Juno,
Do quier la Grecia aborrecida vemos.
De nuestras desventuras condolido
Su apoyo nos ofrece un solo pueblo. —
¿Crees tú que mis soldados, si es forzoso
El piélago fatal surcar de nuevo,
A mi voz obedientes, desconozcan
De tan piadoso asilo el alto precio?
¿Esperas que antepongan la miseria
A la paz, la abundancia y el sosiego?
¿Crees que aún los oráculos falaces
Importunar conmigo quieran ellos,
Expuestos á la afrenta y á la muerte
Entre enemigos sanguinarios pueblos?

Acátes.

No: júzgalos mejor: son tus vasallos:
Cuenta con su obediencia y su respeto.
Tu ejemplo y la desgracia héroes los hace.
Si la gloria presentas á su esfuerzo,
Esquivarán el lánguido reposo. —
Mas, si con libertad hablarte puedo,
La temída repulsa de los frígios
No es la sola razon que tanto tiempo
Te detiene en los muros de Cartago.
El amor.....

Enéas.

Amo á Dido, no lo niego.
Su piedad, sus magnánimas virtudes
Harto merecen mi cariño tierno.
No sé si mi pasion me lisonjëa;
Pero acaso los Númenes eternos
A la córte de Dido me llamaban.
Los dos vagamos de la patria lejos:
A los fenicios Pigmalion persigue,
Y á los hijos de Pérgamo los griegos:
Por la desgracia célebres entrambos
Nos unimos en climas extrangeros.
¿Por qué no confundir nuestras fortunas
Si tanta semejanza en ellas veo?
Sin Dido, sin sus próbidas bondades,
Hoy de Ilïon los miserables restos
Incógnitos, sin naves, sin socorros,
Hubieran fenecido en un desierto.
¿Olvidas que, despues que naufragamos,
De vil esclavitud los duros hierros
Creímos arrastrar en esa orilla?
Desde la arena hasta el alcázar régio
La insana multitud nos acompaña
Murmurando entre sí con torvo ceño.
Bajo el alto dosel su jóven Reina
Vuelve la calma á mi agitado pecho.
Su mirar compasivo, sus palabras;
Aquel semblante magestuoso y bello
Que hermosea en sus sienes la corona;
Aquellos homenages lisonjeros
De una soberbia esplendorosa córte,
El amor me inspiraron y el respeto.
¡Con qué dulzura entre guerrera pompa,
Mis reverentes súplicas oyendo,
Terminar prometió nuestro infortunio!

Tú lo ves, cada dia los efectos
A su plácida oferta corresponden.
A su entrañable amor todo lo debo.
Ingrato y vil seré si á sus encantos
Por una gloria vana el alma niego.

Acátes.

Tal es de un corazon que amor domina
La flaqueza fatal. ¡En torpes hierros
Piensa vivir afortunado! El tuyo
Corre en pos del peligro iluso y ciego. —
De su esplendor futuro envanecido,
Ya la afrentosa calma en que yacemos
Ve con rubor tu gente y suelta osada
A la mordáz murmuracion el freno.
Vuelve en tí, Enéas. Si una vez la gloria....

Enéas.

Hé aquí mi temor y mi tormento.
A esa gloria inhumana, te lo juro,
Jamás haré traicion. Pero mi pecho
¿Puede olvidar lo que á la Reina debe? —
Ella se acerca. Parte: hablarla quiero.
¡Yo venturoso si acordar consigo
La gloria y el amor!

ESCENA II.

Dido, Enéas, Elisa.

Dido.

Llegó el momento
De revelar mi amor, y ante Cartago
A tí estrecharme en lazo sempiterno.
Reclaman esta plácida coyunda
Tu salvacion y el lustre de mi imperio.
Nuestro interés recíproco la exije;

No solo del amor el dulce fuego.
Yo á tu infelicidad término pongo:
Tú serás defensor de mis derechos.
A pesar de cien reyes enemigos,
Tú sostendrás el merecido cetro.
Labrar tú mi ventura, yo la tuya,
¡Cuánto es á nuestras almas lisonjero
Cuando despues de tantos infortunios
Nuestros votos corona el himeneo!

Enéas.

¡Ah! ¿Qué bien mas sublime para Enéas?
¡Oh colmo de bondad!—Pluguiera al cielo...—
¡Ay esperanza dulce, encantadora!
¿Serás una ilusion, un vano sueño?—
Mas acaso te ofenden mis temores.
Soy infeliz: perdona. El hado adverso
Me hace desconfiar. ¡Oh si pudiera
Disponer de esta vida que te debo!—
¡Oh si cual yo pensáran los troyanos!

Dido.

¿Qué quieres anunciarme? ¿Qué misterio....

Enéas.

De su celo respondo si es preciso
Morir por tí; pero mi amor inmenso
No me permite reservarte nada. —
¡Dido!....

Dido.

Esa turbacion.... Habla. (Yo tiemblo).

Enéas.

Tú ves aquí las míseras reliquias
De un pueblo formidable en otro tiempo
Y funesto á sus propios vencedores.
Reducido al extremo abatimiento,
Y cuando á su exterminio se conjuran
Tantos y tantos enemigos fieros;

Con la muerte mil veces á los ojos
Este pueblo infeliz, aventurero,
¿Lo creerás? destinado se imagina
A sojuzgar un dia al universo.
Bajo mi mando apoderarse intenta
Del clima en que reinaron sus abuelos:
De la Ausonia tan cara á sus afanes.
Ya se atreven sus gefes altaneros
A condenar mi amor. ¡Ah! De los Dioses
Temo que los intérpretes supremos
De su prestigio abusen en mi daño,
Y que un celo fanático, indiscreto,
De insana rebelion la llama encienda.
¡De la supersticion el monstruo horrendo
Tanto domina al ignorante vulgo!
¡Oh justos Dioses! Si en el dia mesmo
A tan dulce himeneo destinado;
Si en este instante de ventura lleno
Una bárbara gloria.... ¡Ah! ¿Tiemblas?

Dido.

¿Qué oigo?
Mi corazon desgarran tus acentos.
¿Frustrarán tus soldados insolentes
La sacrosanta union que tanto anhelo?
Yo los colmo de bienes y de gloria;
¡Y la muerte cruël me dan en premio!

Enéas.

No puedo imaginarlo; no. Encantados
Del reposo que gozan en tu reino,
Te verán; y es segura tu victoria.
Para mi corazon que te ama tierno
La agitacion del tuyo es un martirio. —
Adios. Es hora ya que á mis guerreros
Instruya de esta alianza venturosa.
Aunque presagios tristes y siniestros

Los ministros del ara solo dicten,
Ni el destino cruël, ni el mismo cielo
Desterrarán jamás del alma mia
Este amor que es mi orgullo y mi embeleso.

ESCENA III.

Dido, Elisa.

Dido.

Qué es de mí? ¿Dónde estoy? ¿Qué atroz sospecha
Se apodera de mi alma? ¿Con qué acerbo
Desastre me amenazan sus palabras?
Enéas.... No: jamás podré creerlo.
Él me ama. ¿Y sería tan malvado
Que, cuando mi ternura yo le pruebo
Con tantos beneficios, me engañára?
¿Mas qué negro fatal presentimiento
Produce su terror? ¿Eres tú acaso,
Pueblo ingrato; eres tú, mi dulce dueño,
Quien burla sin piedad á una infelice?
¿Qué debo presumir? ¿Todos ¡ay cielos!
Conspiran contra Dido?—Tierno amante.....
Pérfido acaso..... ¡Oh bárbaro tormento!
¡Duda mortal!

Elisa.

Y qué, ¿capáz sería
De tanta iniquidad un héroe excelso,
Cuando tus beneficios.....

Dido.

Muchas veces
Ingratos al amor los héroes fueron. —
¡Ay, despues de mi plácida esperanza
Qué horrible abismo ante mis plantas veo!

Presagio mil desdichas; las ignoro;
Y todas ¡oh infeliz! todas las temo.

Elisa.

Cuál la eleccion de los troyanos sea
Lo anuncian tus bondades hácia ellos.
Harto tiempo su imperio aniquilado,
Sus cuitas, sus inútiles esfuerzos
En busca de un pais desconocido,
Su esperanza quimérica nutrieron.
La abundancia, el reposo, los placeres
Arrancarán de su memoria presto
La ignota playa que á sus proas huye,
Su ardída Ilion, sus arruinados templos.

Dido.

De incertidumbre tan cruël salgamos.
Quiero otra vez habrarle. Sí: yo vuelo.
Cada instante redobla mi suplicio.

ESCENA IV.

Dido, Elisa, Barce.

Dido.

¿Qué nueva te conduce....

Barce.

Ya dispuesto
A tornar á su campo el africano
Pide hablarte; me sigue, y un secreto
Al bien de tus dominios importante
Te quiere revelar.

Dido.

En el momento
En que mi corazon acongojado
Sucumbe del dolor al grave peso
Y me siento morir ¡Ah! ¿será fuerza

Que á mis ojos parezca un extrangero?
El leerá el despecho en mi semblante,
Y mi llanto tal vez.... ¡ Ay cuán acerbos
Del trono los deberes, y cuán caro
El poder que nos dá ! Bajo el soberbio
Dosel, bajo la púrpura dorada
Nuestra debilidad mal escondemos.
Gime mi corazon entre cadenas;
¡Y como soberana hablar pretendo! —
Que venga ese numída. — Retiráos.

ESCENA V.

Dido , Yarbas.

Dido.

Qué me dirá? — ¿Qué responderle puedo?

Yarbas.

¿Es cierto que á esa turba sin hogares
Se sacrifica Yarbas? ¿ Será cierto
Que te une el himeneo á su caudillo?
Para incurrir en el furor tremendo
De Yarbas ¿no bastaba tu desaire,
Sin hacerle sufrir el vilipendio
De verse despreciar por un bandido
Si de otro amor tu corazon exento
De himeneo los lazos desdeñara,
Digna serías de perdon al menos;
Mas de esta doble afrenta la injusticia
No armará en vano del terrible acero
La diestra de un monarca formidable.
Estrecha pues un nudo tan funesto;
Corona á Enéas; desafia al orbe.
Él será tu baluarte: él y sus teucros
Arrollarán las haces africanas;

Que ya á vencer en Pérgamo aprendieron.

Dido.

Si acaso yerro, el daño será mio.
En tanto de tu rey al campamento
Libre puedes volver; y elija Yarbas
O la guerra, ó la paz. —Unico dueño
De la mano de Dido será Enéas,
Y á combatir se aprestan mis guerreros.

Yarbas.

Guerra será; y cruël, y asoladora. —
Por tí yo temo su furor sangriento. —
Enéas será tuyo.... ¡Ah! ¡y al decirlo
Cruël placer en tu semblante leo!

Dido.

¿Olvidas que á una reina estás hablando?

Yarbas.

Reconoce á un monarca en mi ardimiento.

Dido.

¡Qué escucho! ¿El mismo Yarbas en mi alcázar....

Yarbas.

Sí: Yarbas soy. A mísero destierro
En mi primera juventud forzado,
La córte en que reinaron tus abuelos
Fué mi mansion. Te ví. Tus desventuras
Mi pasion condenaron al silencio. —
Otro de los tormentos te hablaría
Que la vida despues odiar me hicieron
Separado de tí; mas á pintarte
Con estudiadas frases yo no vengo
El amor que tus gracias me inspiraron.
Yo ignoro ese lenguage, lo confieso,
En el arte de amar poco instruido.
Los suspiros, el vano galanteo
Digno solo del Asia corrompida,

A mis rivales desdeñoso cedo.
¡Debilidad que la virtud condena,
Hija de la molicie que detesto
Y del perjurio infame precursora!—
Mi mano, mis tesoros yo te ofrezco,
Mi trono esclarecido, mis soldados.
Pronuncia un *sí*, y á los combates vuelo;
Y arrasaré de Tiro las murallas;
Y Africa temblará y el orbe entero.
¡Mas triste del rival que me dispute
La gloria de ofrecerte mis trofeos!

Dido.

A nuevas desventuras me condena
Ese fatal amor; sí: lo preveo,
Pues aunque yo le juzgue generoso,
De mi albedrío disponer no puedo.
¿Pero tú intentarás tiranizarle?
De la virtud de Yarbas no lo espero.
Un héroe á quien el Africa venera,
Célebre por su cuna y por sus hechos,
Señor ilustre de regiones tantas,
¿Por qué de sus pasiones no ha de serlo?
¿Por qué imitar los bárbaros delirios
De un amante vulgar? ¡Qué vilipendio
Para un hijo de Júpiter! ¡Qué oprobio!—
Tu gloria admiro; tu amistad deseo.
Ignoro si me es dado conseguirla,
O si abrasado en furibundos celos
De mi repulsa castigarme quieres.
Si contra mí tu saña está de acuerdo
Con mi destino mísero, ¿qué esperas?
Extermina á una reina, triste objeto
Del pertináz rigor de la fortuna;
Que ya escuchando con horrible trueno
Amenazar á su cabeza el rayo,

Y á injusta guerra acaso sucumbiendo,
Nunca en precio de paz ignominiosa
Dará su corazon. Morir primero.

ESCENA VI.

Yarbas.

¡Oh vergüenza! ¡Oh furor! ¿Tantos ultrajes
Aun de mi amor no apagan el incendio?

ESCENA VII.

Yarbas, Zama.

Yarbas.

¿Dónde corres?

Zama.

Señor, ya se sospecha.....

Yarbas.

No es tiempo de fingir. Me he descubierto.—
No temas.

Zama.

A los muros de Cartago
Preparan ya tus tropas el asedio;
¿Y piensas que un rival....

Yarbas.

¡Ay infelice!
¿A dónde ¡oh Dioses! arrastrar me dejo
Por un amor indigno? ¡En torpe llanto
Anegado mi rostro! ¡Yo el veneno
De los rabiosos celos en mis venas!—
¡Oh tú que de mi triste abatimiento
Te debes sonrojar, rey del olimpo,
Tú que debes vengarme, Jove excelso!
Si prole tuya soy, ¿cómo consientes
Que una mortal me mire con desprecio?



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Yarbas, Madhérbal.

Yarbas.

En vano, en vano mi pasion combates
Y abjurar la vengaza me aconsejas.
Yo admiro tu virtud. Mal de mi grado
Abato al yugo indigno mi soberbia.
Sé bien lo que mi cuna me prescribe,
Y que indigna es del trono la flaqueza:
Sé que jamás un soberano, un héroe,
A las comunes leyes se sujeta.
Que lejos de gemir en torpes grillos
Sobre su corazon altivo reina,
Y que aspirando á gloria inmarcesible
Domina sus pasiones; no las venga.
Yo de mi amor debiera sonrojarme:
Mas la razon sucumbe á su violencia. —
¿Quién sabe.... Acaso en mi ultrajado pecho
Sucederá al amor saña cruënta;
Y si en vano me esfuerzo á dominarle
Con sangre al menos lavaré mi ofensa.

Madhérbal.

¡Ah! Yo te compadezco. ¿Tantos lauros
Es posible, señor, que así obscurezcas?
Triunfa de una pasion desventurada.
Magnánimo quebranta tus cadenas.

No tu honor imagines ofendido
En el desaire injusto de la reina.
¿Qué tienen de comun amor y gloria?
No sé adular. Si el corazon te niega,
¿Es acaso una afrenta su repulsa,
Es un baldon que sonrojarte deba?

Yarbas.

¡Ah! Yo la adoro; y otro me la roba.—
Si su himeneo á mi pesar celebra,
No sufriré que impunes en su dicha
Rian entrambos de mi rabia inmensa.
¡Ingrata, así lo quieres! A tus gracias
Mi corazon rendía y mi diadema:
Yo afianzaba tu imperio; ¡y á arruinarlo
Tu ingratitud, tu obstinacion me fuerza!

Madhérbal.

Cede pues á tu furia, y precipita
El fiero instante de la infanda guerra.
No como un héroe, cual furioso amante
La víctima infeliz tu mano hiera.
Defenderán los Dioses nuestra causa:
Ni su riesgo ni el mio me amedrentan.
Con el mismo teson, el mismo celo
Que hablé por tí, pereceré por ella;
Y la posteridad acaso guarda
Llanto á su muerte, horror á tu fiereza.

Yarbas.

¿Qué me importa el horror del universo
Si tan negro baldon borra mi diestra?
Adorar de una ingrata los rigores,
Adular sus caprichos con bajeza,
Y respetar su llanto, es torpe exceso
De cobarde piedad, que nunca alberga
El indómito pecho de un numída.
Que excitaré la execracion eterna,

Dices tú, de los siglos venideros;
¿Y el Dios terrible que en los aires truena,
Sin fulminar su saña aterradora
Sufrirá que esa prófuga princesa
Un soldado que huyó del Escamandro
A la sangre de Júpiter prefiera?
¿Un desertor, que en dote la ha traido
De su culpable Pérgamo la mengua
Y las costumbres lánguidas del Asia;
Que ni su pátria defender supiera,
Ni en sus ruinas morir? Lo juro, oh padre:
Esos muros, testigos de mi afrenta,
No volverán á verme hasta que el hierro
A este alcázar de horror me abra una senda.
A la Etiópia armaré y á cuantos moran
De la atezada Nubia en las arenas:
Mil pueblos seguirán mis estandartes:
El sol anublará la llama densa
De Cartago incendiada. Si aún no basta,
Se alzarán al olimpo mis querellas
Importunando al padre de los Dioses
Hasta que el rayo en mi favor descienda.

ESCENA II.

Madhérbal, Elisa.

Madhérbal.

¡Cielo, de tanto horror libra á la pátria! —
Elisa, ya ha lucido la tremenda
Fatal aurora que temía tanto.
Yarbas se apresta á la feróz pelea.
Testigo del furor que le devora,
El adios de venganza de su lengua
Acabo de escuchar. En nuestros muros

Pronto resonará la infausta nueva.

Elisa.

Su saña á Dido sorprender no puede. —
Yo en su busca venía.... Aquí se acerca.
La imágen del dolor yace en sus ojos.

ESCENA III.

Dido, Madhérbal, Elisa.

Dido.

¡Ah! ven, Elisa: á una infeliz consuela.
Los capitanes frigios se reunen;
Sus sacerdotes el altar elevan,
Y arrebatado Enéas.... ¡Ay Elisa!
Viles traidores son cuantos le cercan.

Elisa.

Dudas de la virtud de sus ministros?
¿Quién sabe si conforme á tus ideas
Encontrarán la voluntad del hado?
¿Qué temes?

Dido.

Nunca la verdad austera
Sus oráculos dicta. Me estremezco;
Hondo terror mi espíritu enagena
Y un horrible presagio.... ¡Ay! Esta hora....
Hora es sin duda para mí funesta.

Madhérbal.

Permite, oh Reina, á un súbdito celoso
Que á interrumpir tus lágrimas se atreva.
Primero que tu amor es el estado.
No en vano lamentar el tiempo pierdas.
De un africano bárbaro ofendido
Tú concibes la cólera sangrienta.
La tempestad terrible prevengamos.

Considerar de nuevo inútil fuera
Si de un gran rey la alianza, si cien pueblos
Pendientes de tus órdenes supremas;
Si á tus fenicios ver hasta el oriente
Del Nilo dilatando sus banderas;
Si la gloria por fin de que tus hijos
Nietos de Jove altitonante sean,
Era justo que tu alma arrebatáran,
O antes de posponer Yarbas á Enéas
Hacerte al menos vacilar. Ya es tarde.
Mas de una vez te he dicho sin reserva
Cuanto tu gloria y la lealtad me inspiran.
El que las leyes del honor profesa,
El fiel vasallo á quien su rey distingue,
Solo á este precio su favor acepta;
Mas si su voluntad es invariable,
Cesa de resistirla y la respeta.
El cielo juzga; el súbdito obedece. —
Cuenta pues con mi espada. El tiempo vuela.
Confunda la esperanza del numída
Fiera, obstinada, rápida defensa.
Bien pronto en las murallas convocados
Al vulgo iluso que el peligro aterra
Inflamarán los bravos capitanes.
En vano contra tí, contra una reina
Adorada del pueblo y del soldado
Se conjura feróz la Africa entera.
Si ama á su rey cuando por él combate,
No hay un guerrero que cobarde sea.

Elisa.

No dudo que los tirios por tu causa
Prodigarán su sangre en la contienda.
¿Y olvidas que te insulta hasta en el trono
Un númida con bárbara insolencia?
Crímen fuera ocultártelo: tu pueblo

Injuria tan infame no tolera.
Ya murmura á las puertas del alcázar;
Venganza clama; con furor se queja
De que impune en Cartago te amenace;
Y si calmar su indignacion deseas,
Aquí Yarbas en rehenes detenido.....

Dido.

¡Qué escucho! ¿Su osadía á tanto llega?
¿Yo abusar de un amor desesperado?
Soy reina. Si consiento que se ofenda
A un soberano en mi palacio mismo,
¿Cómo hacer respetable mi diadema?
A pesar de los males que nos causa
Su celoso rencor, corre, Madhérbal;
Que mi guardia le escolte, y al abrigo
De alevosa traicion vuelva á sus tiendas.
Triunfe ese rey, si su poder es tanto;
Mas de mi ejemplo á respetarme aprenda.
Si de la guerra atroz víctima muero,
Condene el universo en hora buena
Mi generosidad, como no diga
Que descendí jamás á una vileza.

ESCENA IV.

Dido, Elisa.

Dido.

No mas freno á mis lágrimas. ¡Ay! solo
Puede enjugarlas mi adorado Enéas. —
¡Cuánto tarda en volver! Ingrato pueblo,
No le detengas mas: permite.....

Elisa.

Él entra.

Dido.

¡Perdida soy! Mi corazon no miente.
¡Cuál á su vista mi terror se aumenta!

ESCENA V.

Dido, Enéas, Elisa.

Enéas.

(¡Cielos! ¡La reina aquí!)

Dido.

¡Cruël! aguarda.
¿Huyes de Dido?

Enéas.

¡Mísera princesa!—
No merecía yo tanta ternura.

Dido.

¡Qué oigo!—¿Dudas tal vez de mi firmeza?
Hasta el postrer aliento amarte juro.—
Mas ¡ay! tu rostro en lágrimas se anega,
Y huyen tus ojos de encontrar los mios.
¡Qué sospechas horribles me atormentan!

Enéas.

¡Oh desesperacion! De los mortales
El mas desventurado en mí contempla.
Tú ves mi agitacion. En mis oidos
Aun creo que el oráculo resuena.
¡Dido! El cielo falló. Sí: á la terrible
Extremidad cruël reduce á Enéas
De serte ingrato, ó de infringir sus leyes.—
La sangre de las víctimas humea;
Desde alta nube en desusado acento
Una voz terrorosa el aire atruena;
Brama el áustro; entre-abierta cruje el ara;
Palidece la luz; los montes tiemblan,

Y así me habla el anciano sacerdote
Que el tenebroso porvenir penetra:
"No dispongas de tí: lo veda el cielo.
»Tu vano amor del corazon destierra.
»Huye lejos de Dido y de Cartago:
»Otra esposa el destino te reserva."
Súbito entusiasmados mis guerreros
Con gritos de alegría el viento pueblan.
Juzga tú mi despecho cual sería.
En vano, en vano mi pasion intenta
Combatir sus designios. ¡Ay! Me oponen
De los Dioses las órdenes eternas;
El Lácio prometido á mis afanes,
Y á mi prole el dominio de la tierra;
Mi fama en vil reposo mancillada;
De los troyanos la fortuna incierta:
La saña y el desprecio de los tirios. —
Yo miserable, odiando mi existencia,
Y entre la gloria..... y el amor.....

Dido.

Acaba.

¿Qué has resuelto?

Enéas.

¡Infeliz! Todo condena
Nuestro inocente amor: los sacerdotes,
Mi honor, Ascanio, el pueblo.....

Dido.

¡Cruël! Cesa.
Tú me has sacrificado. ¡Justos cielos!
¿Es Enéas quien dicta mi sentencia?
¡Oh angustia! ¿Dónde estoy? La voz doliente
Entre mis labios trémulos se hiela. —
¡Me abandonas, ingrato, me abandonas!
¡Ay! ¿Qué consuelo mi dolor espera?
Maldiciendo á las olas enemigas

Y obedece las órdenes del hado.
Nada es posible que el ardor contenga
De mi hueste: el oráculo la asombra.
Hoy su celo cual nunca la enagena,
Y á donde el cielo á su entender la llama
Desde este dia á mi despecho vuela.
Si á sus designios oponerme intento,
Contra mí, no lo dudes, se subleva.—
Mas tú no me oyes, y tu frente ¡oh Dioses!
De mortal palidéz veo cubierta.

Dido.

No eres un héroe tú; no, infiel, ni hierve
La sangre de los Dioses en tus venas.
Tú naciste sin duda entre las rocas,
Y el seno te engendró de alguna fiera.
Solo de humano el arte abominable
De seducir y de engañar conservas.
¡Traidor! ¿Quién á la Libia te llamaba?
¿Te robé yo del Xanto á la ribera?
¿Dejas por mí un imperio asegurado;
Tú que, proscripto, errante en mar y en tierra,
Sin mí de los oráculos del cielo
Aún el juguete miserable fueras?
Dices que de los Dioses inmortales,
Si sus decretos á cumplir te niegas,
El vengador encono te amenaza.
¿Juzgas acaso tú que me consternan
Esos vanos presagios? No es tan fácil
Convencer á una amante como piensas.
Tranquilos en el alto firmamento,
Nuestro incienso á los Númenes contenta;
Y del amor del hombre no se curan,
Si en el honor se funda y la inocencia.
Don es de su bondad nuestro albedrío.
Si su gloriosa Magestad Suprema

Se digna descender hasta nosotros,
Es cuando airados castigar decretan
A los perversos como tú, que abusan
De una débil muger. ¡Y en mi presencia
Los invocas aún! Tiembla: su rayo
Solo debe caër en tu cabeza. —
¿Mas qué digo, insensata? El vil perjurio
Es el único Dios que tú respetas.

Enéas.

¡Ah! Tu saña acrecienta mi martirio,
Y al mirarte mi gloria titubea.
¡Dido! ¡Mi único bien!.....

Dido.

¡Adios, ingrato,
Por la postrera vez! Corre: ¿qué esperas?
Provoca los furores de Neptuno:
Prefiere á mi palacio las cavernas:
Vuela á buscar á precio de tus dias
Ese clima fatal que tanto anhelas,
Y en vez de mi dosel, deja á tus hijos
La oscuridad y el luto por herencia. —
¡Ay! Bienes mas tranquilos, mas seguros
Te ofrecía mi amor. ¡Tú los desprecias! —
¡Y aún te amo, cruël! — Vano mi llanto,
Vanas han sido mis amargas quejas. —
Yo debo aborrecerte, maldecirte;
¡Y ardo cual nunca en amorosa hoguera! —
Tú podrás sin amor abandonarme;
Mas sin remordimientos, no lo creas.
Aunque inhumano y pérfido, algun dia
Tributar te verán lágrimas tiernas
Al momento de horror que nos separa;
Y en medio de las ondas turbulentas
Te seguirá mi sombra dolorida
Que al cielo clamará venganza eterna.

Y obedece las órdenes del hado.
Nada es posible que el ardor contenga
De mi hueste: el oráculo la asombra.
Hoy su celo cual nunca la enagena,
Y á donde el cielo á su entender la llama
Desde este dia á mi despecho vuela.
Si á sus designios oponerme intento,
Contra mí, no lo dudes, se subleva.—
Mas tú no me oyes, y tu frente ¡oh Dioses!
De mortal palidéz veo cubierta.

Dido.

No eres un héroe tú; no, infiel, ni hierve
La sangre de los Dioses en tus venas.
Tú naciste sin duda entre las rocas,
Y el seno te engendró de alguna fiera.
Solo de humano el arte abominable
De seducir y de engañar conservas.
¡Traidor! ¿Quién á la Libia te llamaba?
¿Te robé yo del Xanto á la ribera?
¿Dejas por mí un imperio asegurado;
Tú que, proscripto, errante en mar y en tierra,
Sin mí de los oráculos del cielo
Aún el juguete miserable fueras?
Dices que de los Dioses inmortales,
Si sus decretos á cumplir te niegas,
El vengador encono te amenaza.
¿Juzgas acaso tú que me consternan
Esos vanos presagios? No es tan fácil
Convencer á una amante como piensas.
Tranquilos en el alto firmamento,
Nuestro incienso á los Númenes contenta;
Y del amor del hombre no se curan,
Si en el honor se funda y la inocencia.
Don es de su bondad nuestro albedrío.
Si su gloriosa Magestad Suprema

Se digna descender hasta nosotros,
Es cuando airados castigar decretan
A los perversos como tú, que abusan
De una débil muger. ¡Y en mi presencia
Los invocas aún! Tiembla: su rayo
Solo debe caër en tu cabeza. —
¿Mas qué digo, insensata? El vil perjurio
Es el único Dios que tú respetas.

Enéas.

¡Ah! Tu saña acrecienta mi martirio,
Y al mirarte mi gloria titubea.
¡Dido! ¡Mi único bien!.....

Dido.

¡Adios, ingrato,
Por la postrera vez! Corre: ¿qué esperas?
Provoca los furores de Neptuno:
Prefiere á mi palacio las cavernas:
Vuela á buscar á precio de tus dias
Ese clima fatal que tanto anhelas,
Y en vez de mi dosel, deja á tus hijos
La oscuridad y el luto por herencia. —
¡Ay! Bienes mas tranquilos, mas seguros
Te ofrecía mi amor. ¡Tú los desprecias! —
¡Y aún te amo, cruël! — Vano mi llanto,
Vanas han sido mis amargas quejas. —
Yo debo aborrecerte, maldecirte;
¡Y ardo cual nunca en amorosa hoguera! —
Tú podrás sin amor abandonarme;
Mas sin remordimientos, no lo creas.
Aunque inhumano y pérfido, algun dia
Tributar te verán lágrimas tiernas
Al momento de horror que nos separa;
Y en medio de las ondas turbulentas
Te seguirá mi sombra dolorida
Que al cielo clamará venganza eterna.

Enéas.

Detente. ¡Oh cielos!

Dido.

Déjame, perjuro.

Enéas.

¿A dónde corres? El dolor te ciega.

Dido.

Detesto tu piedad. ¡Tú me abandonas,
Bárbaro! ¿Qué te importa mi existencia

ESCENA VI.

Enéas.

¡No mas! Aunque los Dioses me confundan,
Tuyo soy. –¡Huye! ¡Ay miserable! – Espera. –
Velemos por su vida.

ESCENA VII.

Enéas, Acátes.

Acátes.

Los troyanos
Te aguardan. Parte; el cielo te lo ordena.

Enéas.

¡El cielo! Eh, dejamé. No manda el cielo
Que yo sea feróz.

ESCENA. VIII.

Acátes.

¡Pasion funesta! —
¡Enéas! — Yo le sigo. — ¡Oh virtud santa!
¿Será posible qne el amor te venza?



ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Madhérbal, Acátes.

Madhérbal.

¿Dónde osas penetrar?

Acátes.

Donde me llaman
Mi deber y de Pérgamo la gloria.
A salvar á mi príncipe — y á Dido.

Madhérbal.

Explícate.

Acátes.

La saña impetuösa
Teme de los Troyanos. En sus frentes
De una deidad terrible, vengadora,
Ya ha tronado la voz. De ese himeneo
Fuerza es interrumpir la aciaga pompa.
Ya el cielo del caudillo de los frigios
Quebranta las cadenas vergonzosas,
Y separa á los hijos de Fenicia
De las reliquias náufragas de Troya.
Respeta al cielo. Vuélvenos á Enéas.

Madhérbal.

¡Jove supremo vuestros votos oiga,

¡Cual yo se lo suplico! ¡A vuestro gefe
Bajo su eterna proteccion acoja,
Y término poniendo á su infortunio,
Lejos de aquí le dé feliz corona!

Acátes.

¿Es Madhérbal quien habla?

Madhérbal.

Sí: el que gime
Por tu monarca y por su reina llora.
Cierta es su perdicion, si al fin se enciende
De ese himeneö la fatal antorcha.
¡Himeneo cruel, nuncio funesto
De sanguinaria guerra asoladora!
Enéas es un héroe, honor del Asia;
Mas la ruina de Dido él ocasiona.
Gloria y piedad reclaman su partida.
¡Tarde será si un dia la demora!

Acátes.

¡Oh sorpresa! ¡Oh placer! Digno ministro,
De un soldado la cólera perdona,
Que no cual merecías te juzgaba.
Tú la privanza de la reina gozas.
Alma de sus consejos, é instruido
De la insana pasion que la devora,
Creía que adulabas su flaqueza.
Veo aprestar la infausta ceremonia,
Y el celo que me anima.....

Madhérbal.

¡He aquí la suerte
De un ministro! ¡Y los hombres la ambicionan!!!
¡Feliz mil veces quien del trono lejos,
Amante de su rey, cual de su honra,
Le sirve en los combates; no en la córte!—
Se acercan ya las enemigas tropas.

Retirada en el fondo del alcázar,
No he conseguido que la reina me oiga.
Nada importa: el soldado, el ciudadano
Prontos están á la defensa heróica. —
¡Ah! ¿Qué podrán contra naciones tantas
Si á Cartago los Dioses abandonan? —
Tu rey llega. — He cumplido mis deberes.
Impávido á la muerte corro ahora.

ESCENA II.

Enéas, Acátes, Elisa.

Enéas.

Vuelve á tu reina, Elisa, y de su pecho
Lanza el crudo terror que la acongoja.
Harto llanto á sus ojos he causado.
Yo entre tanto, á los frigios que la adoran
Resuelto declarando mi designio,
Haré á la tierra convertir mis proas
Que á la fatal partida se disponen;
Y aunque los Dioses á mi amor se opongan,
Pronto á su vista volveré rendido
A apresurar la alianza venturosa,
Y á ofrecer á sus pies el homenage
De aquella Ilion que arrebató á las ondas.

ESCENA III.

Enéas, Acátes.

Acátes.

(¿Lo sufrireis, oh Dioses?) Tu presencia,
Hijo de Anquises, á la vez me torna
La esperanza y la vida. Ya las aguas

Vuelve á cubrir tu reparada flota;
Ya grita el oficioso marinero;
Luce el sol, y propicio el viento sopla.
Parte. Tu lentitud culpan los frigios,
Ya preparados á surcar las olas.

Enéas.

Vence el amor, Acátes. Ví á la reina.

Acátes.

¡Qué oigo! ¡Ah! no. ¿Del amor la furia loca
Es antes que la gloria? Ella nos habla:
La obedece el que de heröe blasona.
¿Eres sordo á su voz?

Enéas.

No me sorprenden
Esas amargas quejas en tu boca.
Yo temia tu encuentro, fiel amigo;
Mas mi remordimiento amor ahoga,
Y tus consejos escuchar me veda.
El cielo que nos oye, no lo ignoras,
Me ha visto someterme á sus decretos;
Y renunciar á Dido; y á remotas
Naciones anunciarla mi partida;
E inflexible á sus lágrimas copiosas
Tan cruël parecer, cual ella tierna.
Mi activa llama á sublevarse pronta
Quise domar: no pude. ¡Atroz designio!
Su recuerdo me aflije y me sonroja.
Yo volaba á las plantas de la reina
Cuando intentaba tu amistad celosa
Oponer al amor mis juramentos.
En vano fué. Veía con zozobra
Peligrar la existencia de mi amada.
¡Oh espectáculo triste que aún destroza
Mi corazon sensible! ¡Ah! Yo no puedo
Retratarte su imágen lastimosa

Sin gemir, sin temblar. Mortal desmayo
Su bellísima frente descolora,
Y la muerte sus ojos entre-abiertos
Cubrir parece con eterna sombra.
¡Ah! Su dolor y su despecho horrible
A mi alma la pintan mas hermosa,
Y hasta en sus ojos moribundos leo
Su desgracia, su amor y mi deshonra.
Suceden al silencio sus querellas
Cuando la vida mísera recobra;
Y no resisto mas, no; ni es posible
A no tener el corazon de roca.
El llanto, las plegarias de una amante
Pueden mas que el deber; mas que la gloria.

Acátes.

¡Oh flaqueza! ¡Qué escucho! ¿Será sueño?—
No eres Enéas ya. ¿Qué dirá Troya?
¿El mundo qué dirá? Te juzga un héroe;
¡Y yaces en cadenas afrentosas!

Enéas.

¿No soy árbitro yo de mis acciones?
Creeme: de tantos héroes la memoria
No se veria acaso condenada
Si el yugo que á los príncipes agobia
Todo hombre conociera por sí mismo.
Argos inexorable de sus obras,
Y frio espectador de los afanes
Que á sus laureles la fortuna asocia,
¡El último mortal juzga á los reyes!—
Pretendes que á esa turba sediciosa
Ceda yo, y de mis vicios ó virtudes
Su capricho y su error sean la norma?

Acátes.

Desprecia su osadía; mas tu acero
No desdeñe los lauros de Belona,

Y esclavo del amor en muelle lazo
No de alta fama la ambicion depongas.

Enéas.

Yo hago feliz á Ilion. Dido me ofrece
Su corazon, su mano y su corona.
¿Qué mayor gloria para Enéas?

Acátes.

Nunca
La gloria está do la virtud no mora. —
¡Oh fiel adorador de nuestros Dioses!
¿Será posible que su voz desoigas?
¡Ah! ¿Ya te olvidas de los manes de Héctor?
La noche en que la llama asoladora
Abrasó nuestros muros, tú me has dicho,
Que ante el altar su formidable sombra
"Hijo de Venus, te gritó, ¿qué esperas?
»Huye: no en vano al vencedor te opongas.
»Recoje las reliquias de la pátria,
»Y tu fortuna sigan por las ondas
»El sacro fuego y los penates Dioses.
»Parte á buscar la tierra venturosa
»A Troya destinada. Allí tu diestra
»Será de un nuevo imperio fundadora."
Hector y el propio honor así te hablaban:
Ni Hector ya, ni el honor vencerte logran. —
Sé pues de una muger débil esclavo:
Ama, y entre la púrpura reposa;
Pero un hijo te queda, y á los Dioses
Pertenece; no á tí. Ya por mi boca
Unánime tu pueblo le reclama,
Y ya le aguardan las naciones todas.
Tú no lo ignoras. Tú, que en tiernos años
Su ardor has visto al resonar la trompa,
Deberías guiarle á los combates.
Sus nietos fundarán la belicosa,

La ciudad formidable que algun dia
Reinará del ocaso hasta la aurora.
Deja que empiece el próspero destino
Que siglos mil celebrará la historia;
Y no en profunda paz, en calma inerte
Envilezcas la sangre generosa
Que de héroes tantos, árbitros del mundo,
Destina el cielo á ser progenitora.

Enéas.

¡No mas! En fuego celestial me abraso.
A tu noble entusiasmo mi alma absorta
No puede resistir. Un Dios te inspira.
Obedezcamos; sí: las seductoras
Cadenas del amor que me envilecen
Fuerza será que denodado rompa.
Partamos: ven.— Y vos, en cuyas aras
Su amor Enéas y su dicha inmola,
¡Dignáos recibir, sacras Deidades,
El adios postrimero que mi boca
Teme decir á la angustiada reina!
¡Jamás la abandoneis! Solo á vosotras
Sacrificarla puedo. ¡Consoladla!—
Partamos.

Acátes.

¡Dido!

Enéas.

¡Oh vista encantadora!
¡Y quiere el cielo que huya de Cartago!—
¿Mas qué estruendo, qué voces tumultuosas...

ESCENA IV.

Dido, Enéas, Acátes.

Dido.

Abridles mi palacio. A un pueblo inicuo
Evitad nuevos crímenes.

Enéas.

¿Quién osa
Profanar este asilo sacrosanto?

Dido.

Los troyanos.

Enéas.

¡Cobardes!

Dido.

Así colman
Su vil ingratitud.

Enéas.

Acátes, vuela:
Castiga la insolencia de esa tropa.

ESCENA V.

Dido, Enéas.

Dido.

No, no. Yo los perdono. Un falso celo
A tanta audacia su furor provoca. —
Acaso pensarán obedecerte. —
¡Ah! Bien lo veo: la clemencia sola
Te detiene en Cartago. Tú partías;
Tus naves ya de la africana costa
Prontas estaban á alejar las velas.
¡Oh dolor! Tú á la parca destructora

Has arrancado mi infelice vida,
Que iba ya á terminar entre congojas. —
¿Y es cierto? ¿He recobrado mis derechos
Sobre tu corazon? ¿Será ilusoria
Mi esperanza? ¡Ay! Lo sabes: mi destino
Es creerte y amarte.

Enéas.

Ya á la Europa
Partía, es cierto, sometido al cielo;
Mas sucumbe á tus lágrimas mi gloria,
Y sacrílego soy mal de mi grado;
Y en horror tendrá el mundo mi memoria. —
Mas de tal impiedad ¿cuál será el fruto?
Si contra mí..... si contra tí se enconan,
Los Dioses triunfarán. Arbitros siempre
De nuestra suerte son: ¿y quién revoca.....

Dido.

No mas. En tu alma leo. — Error funesto,
Ocasion del pesar que me destroza,
¿Por qué mi pecho á la esperanza abrías?
¡Ah! Ya me desengaño: sí; ya es hora
De conocer á Enéas. Yo he podido
De una pasion fatal y lastimosa
Sentir los rudos golpes; ¿pero acaso
Un célebre guerrero que en la Ausonia
Vencer debe y reinar; un héroe insigne
Que con tanto laurel su sien adorna,
Podía yo exigir que obscurecido
Al yugo del amor su frente heróica
En mi córte infelice sometiera?
Dido sabe ser justa aunque te adora.
Indigna soy de tanto sacrificio.
No esperes que mis lágrimas se opongan
A esa bárbara gloria. Parte, Enéas,
Y tu sagrado juramento viola.

Enéas.

¡Qué! ¿Siempre dudarás de mi ternura?
¡Ah! Si el dolor agudo que me agobia....

Dido.

Quieres venderme; sí: lo sé; lo veo.
Contra esa fuga que tu amor me roba
Vanos serían los esfuerzos mios.—
Mas antes á lo menos reflexiona
Los males que tu ausencia me depara.
Yarbas presume que tu dulce esposa
Hoy debo ser. Yo misma ¡ay miserable!
Yo misma se lo he dicho. Las antorchas,
Los cánticos nupciales ya á Cartago
Lo anunciaban y al Africa sañosa.
Yo, mísera extrangera, sin auxilios,
De un rey celoso las feroces hordas
Armadas veo contra mí; y tú, Enéas,
A quien mi corazon, mi vida propia
No dudaba inmolar; cuyo recuerdo
Me será grato hasta la fria losa;
Tú que al hijo de Jove prefería;
Tú sin piedad, ingrato, me abandonas.
¿Y qué me dejas de mi amor en premio?
Las lágrimas, la guerra, la deshonra,
Y muerte ó cautiverio.—He aquí, inhumano,
La suerte que me aguarda. Parte ahora.

ESCENA VI.

Dido, Enéas, Madhérbal.

Madhérbal.

Los enemigos por el llano avanzan
Y las alturas próximas coronan.
Montes de arena que hasta el cielo suben,

Hora que apenas Febo á Atlante dora,
A los ojos ocultan de los tirios
Sus terribles falanges numerosas.

Enéas.

Yo soy quien los atraigo á tus murallas.
A mí salvar tu imperio, á mi me toca.
Por mí te ultraja un bárbaro. Yo debo
Tus injurias vengar con su derrota.
Vuelo en su busca. Al filo de mi espada
Rios de sangre mauritana corran.

Dido.

¿Tú mismo? ¡Ah! Ya vencí.

Enéas.

¿Quién el primero,
Quién será justo que su vida exponga
A los dardos por tí? Yo, á quien salvaste
De la saña del mar en esas rocas,
Yo que turbo la dicha de Cartago,
Yo sabré defenderte, aunque de Troya
Hasta el nombre perezca con Enéas.—
Sígueme. — Adios. La proteccion implora
Del cielo en los altares: yo en el campo
Vuelo á encontrar la muerte ó la victoria.



ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Dido.

Sombra amenazadora; ¿aún me persigues?—
¡Venid, Númenes Santos, á mi auxilio!
¡Oh suplicio! ¡Oh terror! ¡Manes sangrientos,
En la noche eternal volved á hundiros!
¿Por qué exigir fidelidad eterna
De una débil mortal? ¿Ni en el abrigo
De la tumba olvidais vuestros derechos
Sobre mi triste corazon herido?
¿Ês un Dios vengador un muerto esposo?—
¡Despierta, Elisa!— ¡Elisa! oye mis gritos.

ESCENA II.

Dido, Elisa.

Elisa.

¿Qué lamentos, qué míseros clamores....

Dido.

Dáme tu apoyo. — Acércate.... Yo espiro.

Elisa.

¡Dido! ¡Eres tú! De la rosada aurora
Aún el rayo no alumbra este recinto.
Las trémulas antorchas moribundas
Pendientes de esos pórticos sombríos,
Doble horror dán á la callada noche.

¿Qué presagio, qué súbito delirio
Sola aquí te conduce? — ¡Desdichada!
Entre mis brazos ¡ay! temblar te miro;
Y tu sangre se hiela; y de tu rostro
Desaparece el sonrosado brillo. —
¡Dido! ¡Dido! — Sus ojos espantados
De algun objeto á mí desconocido
Huir parecen el aspecto horrible.

Dido.

¡Siquéo! Harto te venga mi martirio.
¡Déjame respirar, sombra implacable!

Elisa.

¡Ah! Vuelve, vuelve en tí. Yaçe tranquilo
En el sepulcro tu infeliz esposo.

Dido.

¡Oh Juno, soberana del Olimpo,
Que mi flaqueza ves! Tú te deleitas
Nutriendo esta pasion que es mi suplicio;
¡Y mi remordimiento no sofocas! —
¡Triste! De amor y de vergüenza espiro.

Elisa.

¿No me dirás qué desventura......

Dido.

Escucha
El premio que mi amor ha merecido.
Todos dormian en mi triste alcázar:
Sola yo bajo el peso de mis grillos
Velaba sollozando. De vergüenza
Y de dolor cubierto el rostro mio,
Mi deplorable suerte contemplaba.
Óyese en mi aposento de improviso
Una voz dolorida: huir intento;
Y mas se eleva el fúnebre alarido
Que me hiela de horror. Estremecida
Tiembla la puerta en los ferrados quicios;

Ábrese, y un espectro descarnado
Delante de mi tálamo percibo.
De sus profundas hórridas heridas
Corre de negra sangre inmenso rio,
Y con acento atronador exclama:
»¿Tu virtud, oh perjura, qué se hizo?
»¡Dido! Yo te adoré: ¿por qué me vendes?"
En su voz que retumba en mis oidos
Y en su severo aterrador lenguage
Reconozco á Siquéo. Entre suspiros
Su faz sangrienta hasta mi lecho inclina:
Me levanto asustada: un repentino
Relámpago fugaz el aire enciende,
Y repitiendo el horroroso grito
Huye el espectro: yo, precipitada,
Por las oscuras bóvedas le sigo:
Llego temblando al sacro mausoléo
Que antes de su baldon y mi delito
Yo misma le erigí; donde mil veces
Fé eterna le juró mi lábio inícuo. —
Solícita recojo las reliquias
De un culto tanto tiempo interrumpido:
Festones esparcidos por la tierra;
Ramilletes ajados y marchitos.
Cubro el altar: cien fúnebres antorchas
Iluminan el mármol denegrido,
Y la imágen me ofrecen de un esposo
Que objeto fué de mi primer cariño
Y mi primer dolor: riego al mirarle
De lágrimas mi rostro; me horrorizo;
Acércome y exclamo: "¡Oh tú que fuiste
»La mitad de mi ser! ¡Oh mi querido,
»Mi dulce esposo! En este monumento
»A mis manos el rígido destino
»Encerrar ha negado tus cenizas.

»¡Sobre la tumba que te diere asilo
»Blanda sea la tierra y puro el cielo!
»El llanto en que me anego y el contínuo
»Remordimiento insano que me róe
»Apacigüen tus manes ofendidos.
»Espérame sin ódio entre los muertos,
»Y dígnate aceptar mi sacrificio."
A estas palabras sobre el ara fría
Vierto el puro licor; mas ¡oh prodigio!
Huye el ara; un raudal de sangre salta;
Lanzando agudos lúgubres gemidos
Que las gigantes bóvedas atruenan;
Giran sombras sin fin en torno mio;
Y entre aquellos clamores infernales
La fiera voz horrísona distingo
De mi esposo infeliz que me llamaba
Al espantoso centro del abismo.

Elisa.

¡Justo cielo!

Dido.

Tú juzga en tal momento
Cuál sería el terror de mis sentidos.
Del sanguinario altar huyo espantada
Invocando de Juno el patrocinio.
Huyo; ¡y siempre el espectro me persigue!
¡Y arrastrando huye el tártaro conmigo!

Elisa.

Siquéo armó contra tu amor insano
El furor de los Dioses vengativo.
Brama la tempestad sobre tu frente:
Conjurarla es forzoso. Del vecino
Templo sagrado de Héspero consulta
La gran sacerdotisa que los riscos
Del Atlántico mar abandonando
Aquí se estableció, y aquí propicios

En su vejéz los Númenes la inspiran.
A la muerte; á las sombras del Cocito
Interrogar podrá con voz tremenda,
Y prevenir la saña del destino.

Dido.

¡Ah! no. En mi corazon están mis hados.
Pero este corazon de amor cautivo,
Pronto siempre á triunfar de sus deberes;
Si del remordimiento oye los gritos,
Es para sofocarlos. Ya no es tiempo
De desarmar las iras del Olimpo.
La fantasma, su horrible despedida,
De las sombras los roncos ahüllidos,
Sin duda el fin aciago me anunciaban
Del funesto combate que hora mismo
Lejos se enciende de los altos muros.
Para atacar al capitan altivo
Del mauritano pueblo el fuerte Enéas,
Del alba ansiada el resplandor previno,
Y á nocturna batalla sanguinaria
Le siguieron los teucros y los tirios.
¿Cuál, oh cielos, será.... Mas ya comienza
Febo á luçir, Elisa; y no recibo
Nuevas aún del bárbaro combate.

Elisa.

Esta calma, oh princesa, es nuncio fijo
De un suceso glorioso. No lo dudes:
Huye desbaratado el enemigo.

ESCENA III.

Dido, Elisa, Bárce.

Dido.

Bárce, ¿qué nos anuncias?

Barce.

Ya en tu alcázar
El iris de la paz luce benigno.
Disperso, derrotado el africano
Ya abandona su campo en sangre tinto.
Venció Cartago; y los feroces pueblos
Que osaron combatir contra sus hijos,
Van á llenar los pátrios arenales
De su oprobio y tu nombre esclarecido.

Dido.

¡Oh ventura! ¡Oh victoria inesperada!
Colmad mis votos, Númenes divinos
Que mi pueblo salvais y mi corona.
Volved la calma al corazon de Dido. —
¡Ah! Pronto Enéas tornará á mis ojos.

Bárce.

Temo.....

Dido.

¿Qué temes? Habla.

Bárce.

Aún no le he visto;
Ni al soldado los cantos de victoria
Oigo entonar con fiero regocijo.
Al pie de las murallas de Cartago
Se acercan en silencio los fenecios.

Dido.

¿Qué dices? Ha triunfado; ¡y no parece!
Suerte cruël, ¿á los contrarios filos

Le libras vencedor? ¡Tormento horrible!

ESCENA IV.

Dido, Madhérbal, Elisa, Bárce.

Dido.

¡Madhérbal! — ¿Solo tú? — ¿Dónde....

Madhérbal.

Vencimos.
Este dia de gloria te ha colmado.
Mientras duerme el ejército enemigo
Su ataque remitiendo al sol naciente,
El magnánimo gefe de los frigios
Nuestras huestes reune; las exhorta;
Abrir manda las puertas con sigilo;
Nos guían las hogueras africanas;
Invocamos al cielo; y le seguimos.
Por tí jurando, á la gloriosa muerte
Se consagra el soldado vengativo;
Y no bien á los bárbaros llegamos
Que en torpe sueño yacen sumergidos,
Pasando la señal de boca en boca
Con silencio feroz los embestimos.
Sangre africana inunda las arenas.
La muerte abandonando el negro estigio
Tiende en su campo las horribles alas.
Ya al hórrido clamor de los heridos
Y al ruido de las armas despertando,
Ni conocen la voz de sus caudillos,
Ni aciertan á empuñar la ferrea lanza.
Yarbas, se alza á los tristes alaridos;
Y solo vé dispersos escuadrones,
Y de su hueste el general conflicto,
Y matanza, y horror. Brama iracundo
Del atroz espectáculo testigo

Y siembra de cadáveres la tierra
Hasta encontrar de Ilion al gefe invicto.
Formando una barrera impenetrable
Entre los dos rivales, sorprendidos
Retroceden fenicios y numídas.
Largo tiempo el combate fué indeciso;
Que en destreza y valor iguales eran.
¿Mas quién la ley resiste del destino?
Muere Yarbas al fin, y sus guerreros
Abandonan el campo fugitivos;
Y mientras á los rayos de la aurora
Los persiguen y envuelven los fenicios,
Enéas reuniendo á sus troyanos
Así á los gefes de Cartago dijo:
"Súbditos esforzados de una Reina
»Cuya memoria hasta el sepulcro frio
»Grata á Enéas será, grata á su pueblo
»Que se dignó colmar de beneficios:
»¡Paz y gloria eternal bajo sus leyes
»El cielo dé á este clima que bendigo!
»Participar ansiaba de su trono,
»Pero el hado se opone á mi designio.
»¡Felice yo cuando el airado cielo
»Me arrebata á sus dulces atractivos,
»Feliz yo que lanzando victorioso
»Al númida feroz de sus dominios
»Mi eterna gratitud sello en su sangre!
»Adios. Si á abandonarla me resigno,
»El cielo sabe mi dolor. Decidla
»Que mi dicha á la gloria sacrifico.

Dido.

¡Oh Dioses!

Madhérbal.

Parte; y favorable el viento
Aleja de Cartago sus navíos.

Dido.

¡Rayo del cielo sobre mí desciende!
¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡Oh atroz suplicio!
¡Oh desesperacion! Parte el ingrato;
Parte, y no es ilusion; ¡ah! no es delirio.
¡Por siempre se rompió tan dulce nudo!
Parte: sí; me abandona. No hay arbitrio.
¡Ya jamás le veré! Yo en sus postreros
Juramentos ¡ay mísera! confío;
¡Y sin tornar á verme, á consolarme,
Al piélago se arroja el fementido!
¡Ah! Para condenarme á muerte impía,
Pérfido, ¿cuál ha sido mi delito?
¿Ha invadido mi flota el Escamandro?
¿He inflamado la cólera de Pirro?
¿He ultrajado los manes de tu padre?
¿Mi amparo, mis bondades no prodigo
A tí, á tu hijo, á todos los troyanos?—
¡Elisa! ¿Mi esperanza ha fenecido? —
¡Ah! Si él viese mis lágrimas.....

Elisa.

¿Qué dices?
Lanza del corazon tu amor indigno.
Ya lejos de esta playa....

Dido.

Sí: yo debo
Sepultar su memoria en el olvido.
¡Ah pérfido! ¡Ah traidor! ¡Este es el héroe;
Este el guerrero denodado y pío
Que su padre decrépito y sus Dioses
Arrebató al furor de los argivos!
¡Cuál abusó de la flaqueza mia!
Burlar á una muger ¿es heroismo?
Heredero del vil Laomedonte,
Yo debia prever tus artificios.

¡Bárbaro! Y aplaudia tu victoria.... —
¡Eh! De tu vil prosapia eres muy digno. —
Huyes de mí, perjuro; pero en vano.
La airada sombra de la triste Dido
Amargará sin término tu vida.
¡Tiembla! Si á mi dolor no sobrevivo,
Eterna vivirá mi cruda saña.
El trono á que te llaman los destinos
Tú corres á fundar: — Yo te declaro
Guerra mortal, y juro tu exterminio.
Cartago heredará la rabia mia,
Y tu crueldad heredarán tus hijos.
Plegue á los justos Dioses que en las ondas
Y en la tierra ambos pueblos enemigos
Sean terror del orbe; que no puedan
Hollar juntos jamás un suelo mismo;
Que igual furor sin tregua los devore;
Que atropellen sacrílegos é impíos
Los derechos mas santos; que en la infancia
Por los Dioses del cielo y del abismo
En tu sangre lavar mi injusta afrenta
Jure el cartaginés de siglo en siglo;
¡Y arda mi postrimero descendiente
En el ódio implacable que respiro!

Elisa.

¡Oh saña fiera! ¡Oh votos temerarios!
Olvida tus reveses, tu conflicto
En el seno feliz de la victoria.

Dido.

¡Mi ignominia y mi amor fatal ludibrio
Serán del orbe todo! ¿Y aún conservo
La vida miserable que abomino?
¡Ah! Rompamos un yugo insoportable. —
He aquí de mi crímen el castigo.

(*Se hiere con un puñal.*)

Elisa.

¡Cielos!

Barce.

¡Fatal despecho!

Madhérbal.

¡Amor tirano!

Dido.

Dioses, del voto bárbaro testigos
Que mi amor y la fuga de un perjuro
Han dictado á mi labio dolorido,
¡No le escucheis! Yo sola soy culpable.

Madhérbal.

Eterno luto cubrirá á los tirios.

Dido.

¡Ah! Si hubiera guardado hasta la tumba
Mi dulce paz y mi candor antiguo.....
Si jamás... Yo fallezco. — ¡ Oh tú, mi Enéas,
Que no me oyes! ¡Oh tú cuyo destino
Osé turbar! No temas. Sé dichoso. —
Mi furor baja al túmulo conmigo. —
Tuyo — fué el corazon — de esta infelice; —
Y tuyos son — mis últimos suspiros.

(*Espira.*)

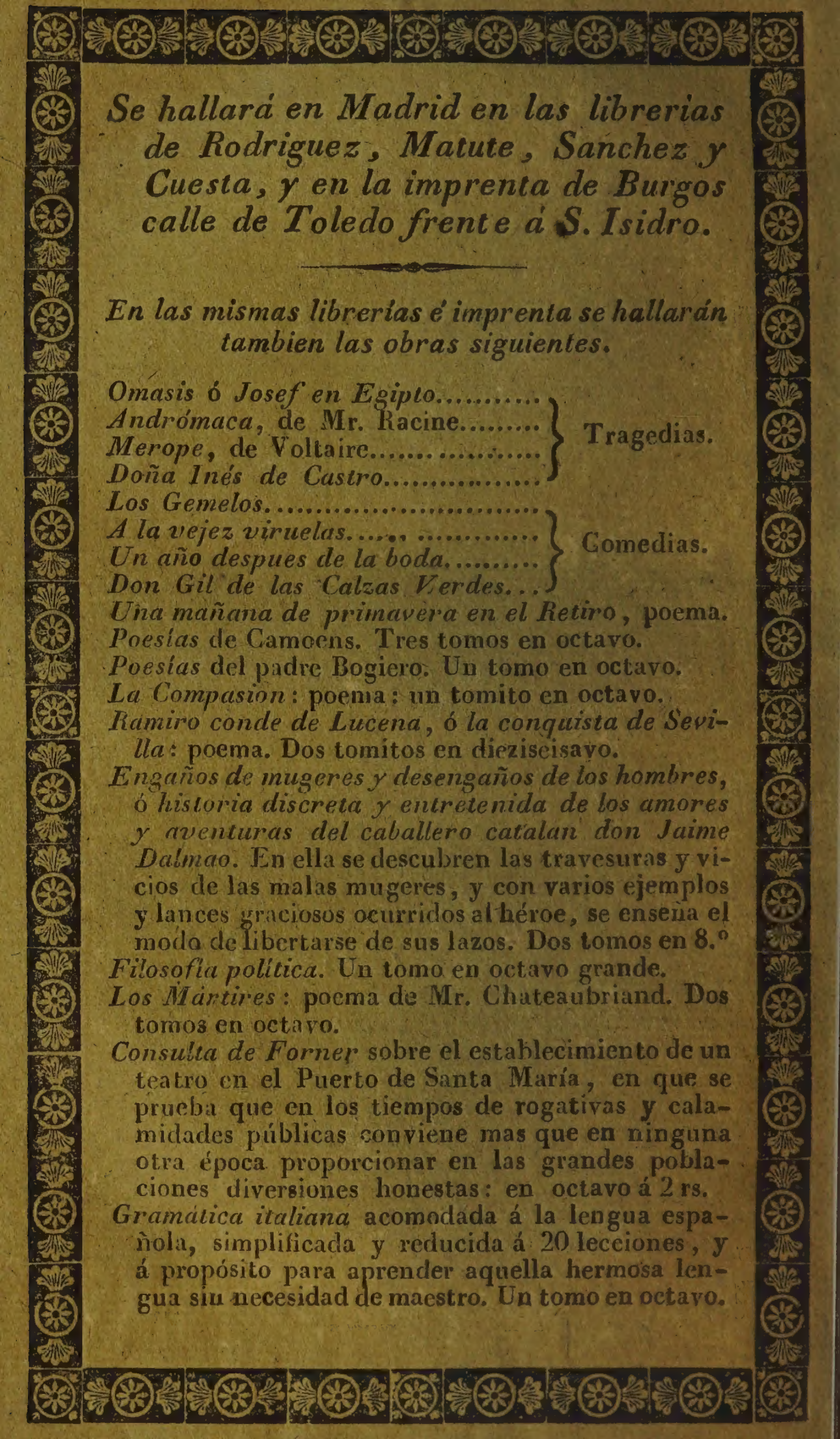
FIN.

INTERLOCUTORES.

ACTORES.

DIDO......... *Sra. Concepcion Rodriguez.*
ENEAS....... *Sr. Pedro Viñolas.*
YARBAS...... *Sr. Carlos La-Torre.*
MADHERBAL. *Sr. Joaquin Caprara.*
ACATES...... *Sr. Antonio Rubio.*
ELISA........ *Sra. Rosa Peluffo.*
BARCE....... *Sra. Concepcion Velasco.*
ZAMA........ *Sr. Antonio Cobo.*
CARTAGINESES, NUMIDAS Y TROYANOS DE ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Cartago en el palacio de Dido.



Se hallará en Madrid en las librerías de Rodriguez, Matute, Sanchez y Cuesta, y en la imprenta de Burgos calle de Toledo frente á S. Isidro.

En las mismas librerías é imprenta se hallarán tambien las obras siguientes.

Omasis ó *Josef en Egipto*.......... *Andrómaca*, de Mr. Racine......... *Merope*, de Voltaire.................. *Doña Inés de Castro*................	Tragedias.
Los Gemelos........................... *A la vejez viruelas*...... .... *Un año despues de la boda*......... *Don Gil de las Calzas Verdes*...	Comedias.

Una mañana de primavera en el Retiro, poema.
Poesías de Camoens. Tres tomos en octavo.
Poesías del padre Bogiero. Un tomo en octavo.
La Compasion: poema: un tomito en octavo.
Ramiro conde de Lucena, ó la conquista de Sevilla: poema. Dos tomitos en dieziseisavo.
Engaños de mugeres y desengaños de los hombres, ó historia discreta y entretenida de los amores y aventuras del caballero catalan don Jaime Dalmao. En ella se descubren las travesuras y vicios de las malas mugeres, y con varios ejemplos y lances graciosos ocurridos al héroe, se enseña el modo de libertarse de sus lazos. Dos tomos en 8.º
Filosofía política. Un tomo en octavo grande.
Los Mártires: poema de Mr. Chateaubriand. Dos tomos en octavo.
Consulta de Forner sobre el establecimiento de un teatro en el Puerto de Santa María, en que se prueba que en los tiempos de rogativas y calamidades públicas conviene mas que en ninguna otra época proporcionar en las grandes poblaciones diversiones honestas: en octavo á 2 rs.
Gramática italiana acomodada á la lengua española, simplificada y reducida á 20 lecciones, y á propósito para aprender aquella hermosa lengua sin necesidad de maestro. Un tomo en octavo.